patria con amor y desinterés ejemplares, y fué uno de los portavoces más significados de la cultura latina. Sus memorables trabajos acerca del tifo lo hacen particularmente caro a México y, por ellos, la Academia quiso honrarse, recogiéndolo en su seno como uno de sus miembros honorarios más eminentes. Ahora, con motivo de su muerte, rinde cordial y respetuoso homenaje a su memoria, que conservará siempre cariñosamente, porque lo considera, con justicia, como un auténtico benefactor de la Humanidad.

•

La Obra del Prof. Henri Vaquez, miembro honorario de la Academia Nacional de Medicina,

Por el Doctor Ignacio Chávez *

Hace justamente cinco años que profesores y alumnos de la Facultad de Medicina se apretaban en este mismo salón para recibir a uno de los más grandes clínicos que nos haya honrado con su visita. Erguida la breve talla, rápido el ademán, en actitud que podría tomarse por altiva si la voz suave, flúida, inarrogante, no hubiera puesto en la escena su nota blanca y tersa; los ojos pequeños y brillantes, vivos, que atenuaban la severidad de expresión de una cabeza recia, enmarcada en barba de plata, el profesor Henri Vaquez venía a México e ingresaba en esos momentos en el profesorado de la Facultad.

Como alumno suyo que había tenido el honor de ser, fué mi fortuna ser designado para darle la bienvenida y presentarlo al Claustro de Profesores. Hice el elogio, que no la crítica, de su obra fecunda, y mi palabra fué mostrando las facetas en que él mismo talló la piedra de su vida. Y mostré al sabio, al investigador, al maestro, al animador de voluntades, al filántropo...

Cinco años después el destino se ha cumplido. El profesor Vaquez ha muerto. Y hoy me toca venir a esta Academia, de la que él fué miembro honorario, para rendirle un homenaje póstumo. ¡Qué

* Leído en la sesión del 24 de junio de 1936.

más, entonces, que mi palabra no tenga la expresión gozosa de aquella vez, sino que venga, severa y enlutada, a recordar su obra! Enlutada y severa, porque recuerdo que él fué mi maestro, él, lo mismo que M. Laubry, los dos a quienes debo mi formación de cardiólogo. Y a pesar de la altura en que vivía, quiso honrarme llamándome su amigo y prodigándome su afecto. Supe entonces que en la vida intelectual del hombre, encontrar un maestro de verdad, que sea a la vez amigo, es un presente de los dioses.

* * *

Su iniciación cardiológica la hizo al lado de Potain. El viejo y noble clínico del Hospital de la Charité pensaba más que escribía y fueron sus discípulos los encargados de recoger su enseñanza oral y de publicar sus lecciones memorables. Vaquez contribuyó con ardor en la obra. Y cuando más tarde, muerto ya el maestro, sintieron los discípulos todo el peso de la herencia, Vaquez cambió de ruta para poder avanzar. Los métodos clásicos habían dado en manos del grande hombre, casi todo lo que podían dar por sí solos. Los nuevos métodos exploratorios, las nuevas técnicas, en cambio, apenas si empezaban a estudiarse. Y fué éste el filón que siguió Vaquez. Potain había iniciado en Francia el estudio de la presión arterial y siguiendo la fecunda sugestión de Von Basch, había adoptado el método de compresión arterial por un globo que contuviera un flúido y había llegado a construir el primer esfigmomanómetro de aplicación clínica. Vaquez prosigue el estudio, con el deseo de obtener un aparato que marque no sólo la presión sistólica, sino la diastólica, y que suprima las causas de error y las dificultades técnicas, y construye, primero, el esfigmo señal, y después, con Laubry, el esfigmotensiófono, universalmente conocido, con que el método auscultatorio llega a su perfección.

Pero no le basta con la obtención de las cifras extremas de presión, y años más tarde busca, con Gley y Gómez, la manera de conocer la presión eficaz, la media que reina en el interior de los vasos y que Pachon obtiene en fisiología con su esquema de la circulación. Y la encuentra en el método oscilométrico, correspondiendo a la cifra que marca la oscilación mayor de la aguja. Da así vida a la noción de la tensión media, que una legión de investigadores estudia en la actualidad. Y con ella da nacimiento a nuevos síndromes, como

el de la hipertensión media solitaria, y con Gley y Gómez también, hace construir un nuevo aparato, el kimómetro, para la fácil lectura de esa presión.

Al mismo tiempo que iniciaba con Potain su carrera de cardiólogo, estudiaba la hematología con Malassez. Y bien pronto, en 1904, pudo ilustrar su nombre describiendo una nueva hemopatía, a la que él llamó eritremia y que es hoy conocida con el nombre de Enfermedad de Vaquez. La escuela sajona quiso reivindicar para Osler el mérito del descubrimiento; pero este mismo investigador reconoció la prioridad de su colega francés y desde entonces los sajones la llaman Enfermedad de Vaquez-Osler.

Esta breve incursión por el campo de la hematología bastó para perpetuar su nombre. Sin embargo, se consagró por entero a la cardiología, objeto de sus preferencias. Y así estudió, en una serie de memorias, el estado del corazón en la llamada hipertrofia cardíaca del crecimiento, la que no existe como hecho fisiológico y cuando realmente se encuentra la hipertrofia, es debida a lesiones que habían pasado inadvertidas; estudia las alteraciones que el embarazo imprime al corazón de la mujer y comprueba que no existe dilatación ni hipertrofia de origen gravídico; establece en un estudio brillante, el origen infeccioso de las flebitis y fija las diversas formas que reviste el padecimiento, desde el ataque local del tronco venoso hasta las formas septicémicas. Un tema que fué objeto de su preocupación constante fué el de la hipertensión arterial. No sólo contribuyó como nadie al hecho de su correcta estimación, sino que enmarcó el síndrome hipertensivo en sus correctos límites, describió las diversas formas que reviste y aportó la noción patogénica de la participación suprarrenal.

El mecanismo íntimo de la hiperpiesis por hiperadrenalinemia no pudo nunca comprobarse en el laboratorio y pareció morir la explicación de Vaquez, hasta que dos hechos fundamentales y recientes vinieron a darle nueva vida: el hallazgo del suprarrenaloma y del paraganglioma con sus brotes típicos de hipertensión paroxística, capítulo al que Vaquez mismo aportó su contribución, y los estudios ingeniosos y brillantes de Tournade y Chabrol, que vinieron a comprobar experimentalmente el exceso de secreción adrenalínica.

Estudia igualmente el problema de la aortitis y muestra, junto con Babinsky, cómo el tronco de este vaso es asiento, en la tabes,

de lesiones específicas, igual que lo son los centros nerviosos y que si a menudo coexisten la aortitis y la tabes, aquélla no depende de ésta, como se pensaba por muchos en esa época.

Así fué abordando los más variados temas de la cardiología. Y convencido de que nada refleja mejor el avance de una rama del conocimiento que el grado de perfección de sus métodos de estudio, introduce en Francia la exploración radiológica del corazón y de los grandes vasos. Es cierto que Potain había ya hecho la primera instalación de ese género; pero no es sino en manos de Vaquez y de su fiel colaborador Bordet, cuando el método cobra vida y da todos sus frutos. Sobre todo la ortodiagrafía, siguiendo el principio de Moritz, alcanza con ellos el máximo de sencillez y de perfeccionamiento. El estudio de los perfiles de la sombra, los datos cuantitativos y cualitativos de la aorta, las imágenes obtenidas en las lesiones valvulares, en los sufrimientos de los grandes vasos, en los padecimientos congénitos, todo quedó estudiado y fijo en una hermosa iconografía que dió origen a la obra "Radiología del Corazón y de los Vasos de la Base", en que han venido a fundirse los dos libros iniciales de Vaquez y Bordet sobre el problema radiológico. Nadie que quiera adentrarse en la cardiología puede ignorar esta obra, ya clásica, a la que el tiempo añadirá retoques y pulirá perfiles, pero que habrá de respetar en lo esencial.

Y al mismo tiempo que buscaba Vaquez nuevas rutas para penetrar en la intimidad de los hechos anatómicos, buscaba también ahondar en el conocimiento fisiológico de las perturbaciones cardíacas. Fué así el primero que introdujo en Francia el método electrocardiográfico, que el genio de Einthoven acababa de crear y al que debe su mayor avance la cardiología moderna. Los trazados mecánicos, que él también había estudiado con ardor, al mismo tiempo que Mackenzie en Ingaterra, que Wenckebach en Austria y que Hering en Alemania, se mostraban difíciles en su técnica, y a menudo confusos en su interpretación. La esfigmografía, la flebografía, la cardiografía, la inscripción esofagiana de las contracciones auriculares, por demasiado personales en su ejecución y por demasiado complicadas, sobre todo cuando había que tomar varios trazados simultáneos, resultaban de pobre utilidad en la práctica. Habían significado, por supuesto, un avance considerable en el estudio de las perturbaciones del ritmo y de la fisiología cardíaca en general; pero

el trazado eléctrico de Einthoven, por infinitamente más preciso, por la mayor facilidad de su técnica, pese a la primitiva complicación de los aparatos, por lo impersonal de los datos recogidos, estaba llamado a suplantar a los trazados mecánicos.

Y Vaquez se consagró con ardor al nuevo método. Y cuando en 1910 sustentó el curso memorable sobre las arritmias, Laubry nos cuenta que fué como si se hubiera descorrido un velo ante los auditores asombrados. Era un campo nuevo, de perspectivas infinitas. Y las lecciones, condensadas en un libro. "Las Arritmias" marcó el punto de partida de una serie fecunda de investigaciones en Francia. Los discípulos se encargaron de continuar la obra, y los trabajos electrocardiográficos de Bordet, de Laubry, Lutembacher, Lian, Clerc, Yacoel, Pezzi, Géraudel y tantos otros formados en la escuela de Vaquez, vinieron a sumarse al movimiento científico mundial, en esa rama en que los nombres ilustres son legión: Einthoven, en Holanda; Lewis, en Inglaterra; Wenckebach, en Viena; Krauss y Nicolai, en Alemania; Pardee, en Norteamérica, para no citar sino algunas de las figuras cumbres.

A la luz de estos nuevos métodos, pudo Vaquez estudiar todos los capítulos de la cardiología. Largos años de paciente estudio le permitieron revisar, uno por uno, los problemas de la clínica diaria. Y el resultado magnífico fué su obra "Tratado de las Enfermedades del corazón", aparecido en 1921. "Espero—decía en el prólogo—que este libro, basado en una larga experiencia y en la reflexión, merezca algún crédito a aquellos que me han visto en el trabajo y que aprecian el cuidado que he puesto en buscar la verdad."

Estas propias palabras definen la esencia de la obra. Fruto de una experiencia dilatada, de más de 30 años; fruto de la madura reflexión de quien reunía esa rara mezcla de talento y de buen sentido clínico, de amor a la "casta observación" y de intuición sagaz que permite salvar el hecho aislado para forjar la síntesis; claridad, claridad diáfana en la idea que permite claridad igual en la expresión, el libro es fiel reflejo de una mentalidad, a la vez ágil y fuerte, que ha meditado sobre cada uno de los problemas que discute. Podría Vaquez no haber aportado hechos nuevos como investigador y le bastaría ese libro para merecer el rango destacado que ocupa en la cardiología contemporánea. Porque en el avance de las ciencias, tanto contribuye el que aporta conocimientos nuevos, como el que

estudia y critica y valora las aportaciones ajenas, apartando las falsas y dejando limpio y solo el grano de oro de la verdad adquirida. Por eso su libro nació clásico y aunque el avance del conocimiento rebase más tarde sus afirmaciones, se hallará en él siempre, "más médula substanciosa", como él mismo decía de los trabajos de Mercklen, que en cualquiera de los de sus contemporáneos.

Su calidad de maestro se consagra en otra obra: "Medicamentos y Medicaciones Cardíacas", en que brillan en el más alto grado sus méritos de expositor y de clínico, obra de la más pura calidad francesa, en que se funden dos cualidades que para otros resultan antitéticas: hondura y amenidad, vaciadas en el molde de un criterio reciamente personal.

En esas lecciones, recogidas por sus alumnos, no sólo se aprecia el valor de una experiencia vasta y lúcida, sino que resalta la aportación inapreciable que hizo en la cura de la insuficiencia cardíaca. La introducción en la terapéutica de la ouabaina de Arnaud es obra suya. Los riesgos de las diversas estrofantinas usadas en Alemania, pudo esquivarlos con esta nueva substancia, cuya administración reguló magistralmente. Las vidas salvadas mediante el uso de la ouabaina son ya un pedestal para su nombre.

Pero el valor de su enseñanza, con ser tan alto en sus libros, era mayor aún en el trabajo diario, en la sala de hospital, en sus lecciones. A su Servicio acudían médicos de todas partes del mundo. A sus lecciones del jueves asistíamos a la Pitié, seguramente, más extranjeros que franceses. Nos atraía no sólo la fama de su nombre, sino la sobria elegancia de su exposición, la intuición rápida, la lógica impecable que, precisamente por serlo, daba una gran impresión de sencillez. Era, como maestro, un digno continuador de la más pura tradición francesa.

Pero no sólo enseñaba, sino tenía la virtud de los grandes animadores. Su voluntad recia sabía infundir el entusiasmo por el trabajo a sus discípulos. Fué el forjador de toda una generación de cardiólogos, cuyos nombres ilustres bastan para consagrarlo como jefe de escuela: Laubry, Clerc, Ribière, Heitz, Esmein, Lian, Bordet, Géraudel, Donzelot, Lutembacher... A su lado se formaron también Pezzi, Yacoel, Kisthinios, Gómez, y tantos otros que iban del extranjero a incorporarse al grupo encabezado por Vaquez.

Fué también obra suya, sin duda, esta elevación de rango de la cardiología al plano de las especialidades médicas. La fundación de su revista "Archivos de las Enfermedades del Corazón y de los Vasos", contribuyó a difundir por el mundo la obra de su escuela. Fué la primera de su género que apareció en la medicina, y durante 29 años ha sido el viejo tronco de la cardiología. Siguiendo su ejemplo, han aparecido después nuevas revistas cardiológicas, cuatro más en Europa y cinco en América, entre las cuales figuran modestamente nuestros "Archivos", que publicamos en México.

Ya en el ocaso de su vida, fundó en 1929 la Asociación llamada "L'Aide aux Cardiaques.—Fondation Dike", en memoria de la noble mujer norteamericana que consagró largos años a aliviar las miserias de la guerra entre los campesinos de Francia, y que más tarde, al morir, dejó un legado para esta asociación proyectada por Vaquez. "Después de haber consagrado—nos explicaba aquí en una de sus conferencias—mi existencia científica y profesional al estudio y al tratamiento de las enfermedades del corazón, he concebido la idea de terminarla, asegurando a los cardíacos la ayuda que la sociedad y los médicos imparten exclusivamente a otra clase de enfermos." De este pensamiento nació la obra de Ayuda a los Cardíacos, obra que no es de caridad, sino de solidaridad, y en donde se atiende a los pacientes pobres no sólo en el aspecto médico, sino que también se provee al sostenimiento de su familia en tanto que el enfermo se ve obligado a guardar cama en el hospital. Cuando logra el alivio de sus males, se le aconseja el oficio que ha de elegir para evitar nuevas recaídas y se le ayuda, por medio de trabajadoras sociales, a obtener su nueva colocación; si se trata de jóvenes, el consejo se encamina hacia la clase de profesión u oficio compatibles con el estado de su corazón; se vigila periódicamente a cada uno de los enfermos atendidos para impedir que por error o por descuido lleguen al estadío de los trastornos irreparables; se les provee de una tarjeta de salud en que figuran los datos fundamentales de diagnóstico y del tipo de cura que les conviene, para ilustrar al médico no especializado que eventualmente llegue a encargarse del tratamiento. La obra se extiende en un trabajo de búsqueda de los cardíacos ignorados, sobre todo los jóvenes, para impedir que por obra del abandono, el mal avance y se vuelva irremediable.

Vaquez fundó su obra y a ella consagró sus últimos años, cuan-

do llegó la hora de abandonar su cátedra y su Servicio de Hospital. Fundó filiales en Francia, a cargo de sus discípulos, y la llevó al extranjero, a Praga, a Bucarest, a Atenas, a Estados Unidos, a México. Recibí del maestro el encargo de fundar la institución filial de su obra y aun llevó su empeño hasta hablar con altos funcionarios para pedir que me ayudaran en la empresa.

He trabajado cinco años en realizar su pensamiento hasta donde la pobreza del medio lo permite; pero ha faltado la ayuda económica que dé un alcance social a la obra, la que ha vivido hasta hoy del solo aspecto médico, gracias a la ayuda de un grupo de discípulos amigos, que comparten conmigo el trabajo de las consultas. Pero no está lejano el día en que la obra adquiera su cabal desarrollo, pues ya cuento con la promesa del actual director de la Beneficencia Pública de brindarle todo su apoyo. Cuando esto ocurra, aparte del goce que procura toda obra que cuaja en realidades y el de mirar el bien que obtienen los cardíacos, sentiré el goce íntimo de haber cumplido, más allá de su muerte, con el mandato del bien que me dejó el maestro, como un caro legado.

Ese es el hombre que acaba de morir. Lo pierde Francia y con ella sufre su pérdida todo el mundo. Para nosotros, en México, su pérdida es particularmente dolorosa por la vinculación estrecha que tenía con nuestro país, al que aprendió a querer. Miembro honorario de esta Academia de Medicina, profesor extraordinario de Clínica Cardiológica de la Facultad, miembro honorario de nuestra Sociedad Mexicana de Cardiología, Vaquez miró con simpatía, que bien pudiera llamarse paternal, el desarrollo de la cardiología en México. Sentía en el fondo que la luz aquí encendida, por modesta que fuese, era irradiación lejana que partía de Francia, y era prolongación de su obra, más allá de los mares: sus dos grandes amores, su patria y su ciencia, que se proyectaban, venciendo al tiempo y al espacio, en el espíritu de los hombres de América.